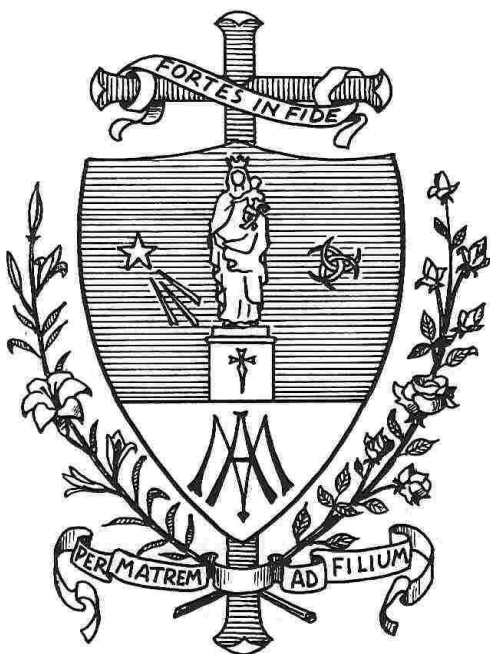


# EL RECORRIDO MARIANO DE UN MARIANISTA



En el encuentro de jubilaes de este último agosto en Becerril ofrecí de modo más breve a los también jubilaes allí presentes el relato de cómo se ha ido forjando mi espiritualidad mariana llevado por el voto de estabilidad. Lo he presentado igualmente en francés en Burdeos a la Familia Marianista y lo comparto ahora con vosotros en este Foro, para agradecer lo que todos vosotros me habéis transmitido durante mis 60 años de marianista.

Emilio Cárdenas Díaz de Espada, sm  
[chaminade@post.pl](mailto:chaminade@post.pl)

foro SM



COMPAÑÍA DE MARÍA  
MARIANISTAS  
PROVINCIA DE ESPAÑA

7 de octubre de 2025

nº 192

Dice la Regla de Vida Marianista sobre nuestro voto de estabilidad:

**1.5. Especialmente la estabilidad marianista lleva al religioso a asimilar la visión del P. Chaminade sobre el papel de María. Penetrado en el espíritu de su vocación, el marianista goza al honrar a María y al hablar de su misión.**

Muy queridos hermanos marianistas y, por extensión, toda la querida Familia Marianista:

En las breves biografías de hermanos que se escriben en ocasión de su defunción es frecuente contar que tal hermano entró en la Compañía de María empujado por su gran amor a la Virgen. Es bonito. ¿Acaso se podría de otra forma seguir esta vocación? Mi caso creo yo que no fue así. Quiero justamente mostrar que el proceso puede ser otro.

Entré muy joven al noviciado; lo empecé con 15 años, para hacer la primera profesión con 16 (quiero decir que mi hermana Marta, algo mayor que yo, teniendo 16 años decidió no que quería ser pintora, sino que YA era pintora, y hasta ahora: lo mío era quizá algo parecido). En aquel entonces no pienso yo que estuviera especialmente entusiasmado por María, la cual por supuesto estaba en el conjunto del Evangelio de Jesús, que me atraía todo entero.

Al final del noviciado, el mío hace 60 años, se hacen tres votos: castidad, pobreza y obediencia. Sólo después de algunos años, en mi caso 10 años, hice el cuarto voto, el de estabilidad. En esta profesión se recibe un anillo de oro, signo de la alianza con María. Es un voto muy especial. Nuestra Regla de Vida dice así: *la estabilidad marianista lleva al religioso a asimilar la visión del P. Chaminade sobre el papel de María.*

Quiero por tanto dar testimonio de cómo la vida marianista, rodeado de marianistas, me ha llevado a conocer y amar a María, pues ese es el fruto producido en mí por mi perseverante pertenencia a la Compañía de María. Es lo que vosotros, hermanos míos, habéis hecho en mí. Por lo tanto, os cuento vuestra historia, pues habéis sido vosotros los que habéis troquelado la imagen de María en mí, llevándome mucho más lejos de lo que yo jamás podía pensar. Me lo habéis transmitido vosotros y os estoy muy agradecido.

Conocí a los marianistas a los 6 años, al entrar en el Colegio Católico de Santa María de San Sebastián. Recuerdo bien que era el Año Mariano de 1954, centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Por vez primera oí pronunciar tal título de María, que se me quedó grabado. Era el año de mi primera comunión. De antes sabía el *Ave María*.

Un año más tarde, a los 7 años, al llegar un día por la tarde a clase, nos esperaba una sorpresa: la pizarra estaba toda llena con una larga oración que había copiado con su letra esmerada nuestro profesor, Don José Araico SM: era la *Oración de las Tres*, que entonces aprendí (y aprendimos) de memoria, recitándola a diario a la entrada a clase por la tarde, después de escuchar la campana en el patio. Me impresionaba ya esta extraña oración, tan específica.

Y además, a lo largo de todo el tiempo de colegio, en el mes de mayo, el ejercicio de las *Flores a María*, con el sermón de mil anécdotas edificantes y milagros de la tradición de Berceo, del Ligorio y de otros, contados por nuestros sacerdotes marianistas, entre ellos el P. Julián González, de feliz memoria y con quien conviví en Vélez Blanco en sus años finales. Allí en el convento de las Concepcionistas lanzó con su atimbrada voz la fórmula de la Inmaculada

desde Duns Scoto: *Potuit, decuit, ergo fecit!* Desde mi infancia hasta mi madurez tuvo el P. Julián su influencia.

Recé desde pequeño cada día el rosario en familia, con las letanías de la Virgen en latín, dirigidas por mi padre, antiguo alumno de los marianistas de Madrid.

Al final del colegio (en aquella época era la reválida de sexto), con quince años todavía, empecé el noviciado. Un santo sacerdote marianista, que moriría bastante joven, el P. Luis Perea, nos predicó los Ejercicios de mitad de noviciado y me deslumbró hablándonos de la Constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, que acababa de ser aprobada, junto con su memorable capítulo VIII sobre *La Bienaventurada Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia*. Luego supe que este capítulo había provocado la más grande polémica del Concilio, pues recolocaba de una manera sorprendente a la Madre de Dios.

Al noviciado llegaban con la visita de verano de los escolásticos nuevos cantos procedentes de Francia, de Gélinau y de Lucien Deiss, entre ellos: *Los rosales en flor y los lirios del campo la rodean como en primavera*. Era el Cantar de los Cantares en clave mariana, dentro de una larga tradición litúrgica de María y el Cantar. Era un canto precioso, en que dos solistas recitaban las estrofas con música conmovedora. *La vi tan bella...*, sorprendentemente ahora en Francia ni se canta.

También en el noviciado aprendí el *Oficio parvo* y a cantar el *Magnificat* en latín y en español. También el *Sub tuum praesidium*, el *Ave regina caelorum* y el *Alma Redemptoris Mater*, las antífonas de completas. El *Ave Maris Stella* lo había aprendido antes en Lourdes, en el rosario de la noche, con el texto del cántico en latín del siglo IX impreso en azul en el envoltorio de la vela y cantado con la melodía del *Ave María de Lourdes*. La memoria de los niños: me aprendí casi de inmediato las primeras estrofas, las restantes no tardé en memorizarlas.

Poco conocí *Mi ideal, Jesús Hijo de María*, del P. Emile Neubert SM, recomendado no sé por qué por mis connovicios valencianos. No lo entendí muy bien, y me sobraba aquella invitación a amar a María como Jesús la amaba. Yo sentía que Jesús tenía su madre y yo la mía, y no era lo mismo. No me resultaba atractivo. Sólo mucho más tarde he ido conociendo el extraordinario valor de toda la obra del P. Neubert.

En el noviciado el P. José Asenjo nos hizo estudiar, con poca atención de mi parte, la *Mariología* del P. Bernardo Cueva SM. Sólo mucho más tarde descubrí que este estudio era una disposición que le importaba mucho al P. Chaminade, que pensaba que *hay que instruir mucho sobre María*. ¡Sólo ahora me doy cuenta lo listo que era!

Todo esto era hace 60 años, cuando hice mi primera profesión. Para el introito de la misa cantamos no sé si *Salve sancta Parens* o quizá *Vultum tuum*. Y los *Kyries* y toda la misa de la *Beatae Mariae Virginis*. Bueno, hasta aquí seguramente mi camino será un camino semejante al de los que hicisteis el noviciado más o menos “a la antigua”.

Como el escolasticado era *feliz continuación del noviciado*, no recuerdo entonces especiales incidencias marianas, como lo habían sido las novedades del noviciado. Pero la *Lumen gentium* seguía siendo *Lumen* para nosotros, los jóvenes marianistas. Quizá más influyó la reforma litúrgica, especialmente a través las fiestas marianas, por cierto, ¡días con dos postres! ¡Qué inteligencia práctica tenían nuestros antiguos!



Ya en comunidad y con la ayuda de Manuel Iceta SM conocí algo mejor la *Exhortación* del Papa Pablo VI en 1974, que ayudaba tanto a salir a flote de los *diez años de silencio sobre María* desde la *Lumen gentium* de 1964, provocados por la perplejidad de las nuevas perspectivas sobre María propuestas por el Concilio. En las homilías y las devociones los pastores estaban desorientados, no sabiendo cómo expresar el nervio mariano de nuestra fe. La estu-  
penda exhortación, redactada por un servita español, el P. Ignacio María Calabuig, me hizo interesarme más por la Virgen María. Manolo me hizo entender que los marianistas teníamos una importante tarea y responsabilidad mariana. Pero aún yo no lo comprendía bien.

Tras mis votos perpetuos fui orientado al sacerdocio y enviado a estudiar a Friburgo. Muy buenos estudios bíblicos, pero en la Universidad **silencio absoluto sobre María**, lo que me sorprendió. Sólo al interior de Regina Mundi encontré refugio, con la ayuda del P. Eduardo Benlloch SM, que nos ofreció una profunda reflexión sobre el Evangelio de San Juan (Caná de Galilea y el Calvario), al ritmo del libro de La Poterie SJ, *María en el misterio de la Alianza*. Empezaba a darme cuenta de que los marianistas son excepcionalmente marianos en comparación con otras congregaciones religiosas.

En Friburgo conocí a un gran marianista especialista en el P. Chaminade, el P. Ambrouster, que vino desde Burdeos a hablarnos tanto de los trabajos hechos, no sólo de la colección de *Escritos Marianos*, como de su estudio del voto de estabilidad marianista, y también de la obra que ahora le absorbía, *Ecrits et Paroles*. Me impresionó sobre todo su persona, tan austera y trabajadora, quizá me pareció un poco triste.

En el año de estudios pastorales y homiléticos pasado en Munich, ¡el mismo *silencio sobre María*! Aunque el curso despertó mi interés por el arte mariano, tanto el barroco alemán como el contemporáneo. Comprendí que el arte no era una simple decoración, sino una verdadera teología. Luego admiraría el valor del arte en la *Marian Library*, con la decidida valentía innovadora del P. Johann Roten SM. Para mi sorpresa, porque los jóvenes marianistas de Valencia lo miraban con cierta sorna, en la Marian Library apreciaban la tesis doctoral del P. Juan Vesga SM, sobre imágenes y santuarios marianos, una colección que mostraba una interesante teología. Como más aún he de agradecer que el maravilloso D. Virgilio Rey SM me hiciera parte de una enorme cantidad de *cartoline de la Madonna* que coleccionaba con dedicación devotísima. Gracias a ellas pude publicar en Polonia, a raíz de la carta de Juan Pablo II sobre el Rosario, un librito-álbum sobre el tema con imágenes de arte a todo color, de gran éxito y más de 10.000 ejemplares de tirada.

Pero volvamos atrás: en la nueva redacción de las Constituciones marianistas, 1983, me sorprendió su decidido color mariano. Por ejemplo, poniendo en relación cada uno de los votos marianistas con la Virgen María.

Ya de nuevo en España conocí en Valencia las Fraternidades Marianistas. El amor a María de sus miembros me conmovió. Me acuerdo de Carmelo, entonces tan joven, *¡pero si quieren a la Virgen mucho más que yo!*

Yo mismo, como joven sacerdote, estaba en **un callejón sin salida**: traía una buena formación bíblica y teológica, pero era incapaz de hablar a los jóvenes de María. No sabía **cuándo** ni **cómo** situarla en el programa de catequesis. Además, tenía la impresión de que de María se hablaba sólo al final de las homilías, como un recurso sacado de la manga, una

decoración bonita añadida, pero que no afectaba al núcleo del mensaje, como un lazo de adorno añadido al paquete de un regalo, y por lo tanto no necesario. Si el sermón era sobre pecado y la confesión, se añadía: *¡Y la Virgen María, refugio de pecadores nos amparará!* Así no puede valer, es un añadido devocional sin ninguna garra.

Me tuve entonces que ocupar de la catequesis de los confirmandos, preparando un programa de dos años a toda presión. Al final descubrí, con gran insatisfacción, que **no había sido capaz de proponer nada de la Virgen María**. Era incapaz de hacerlo, porque no comprendía cuál era su papel y su relevancia para la fe de los jóvenes cristianos.

Eso me llevó a inscribirme al menos por un mes en los cursos de verano de mariología de la *Marian Library* de la Universidad de Dayton en los Estados Unidos, pensando cómo preparar alguna catequesis mariana para jóvenes. Y en Dayton, en el Instituto Mariano de los Marianistas, el *IMRI*, **recibí un schok: ésta es la Fuente sellada, Fons signatus**, San Juan de la Cruz dice *Fuente escondida*, ¡la que iba a saciar mi sed y a empujarme mucho más lejos! Allí conocí a estupendos teólogos marianistas, el primero el P. Théodore Koeller. ¡Koeller! De él el gran teólogo italiano Stefano de Fiores me hizo más tarde un encendido elogio, contándome cómo él en sus investigaciones había ido a la Curia General de los Jesuitas en Roma a buscar la primera edición de la *Cristología* del P. Suárez SJ (+1617), que comienza por una larga introducción mariológica (*Misterios de la Virgen Santísima y misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo*). Sospeché Stefano que nadie, ni siquiera los mismos jesuitas, la habían estudiado jamás: pensaba hacer un gran descubrimiento. Cuando el bibliotecario le dio el empolvado volumen y fue a firmar la correspondiente ficha, allí aparecía una sola firma, la de Theodore Koeller ¡veinte años antes! “Iba muy por delante de todos nosotros”, me confesó Stefano, en el tren, camino de Roma. Y en Dayton estaba no sólo Koeller, también el P. Johann Roten SM, que tanto nos ha ayudado, el P. Buby SM, que me inició en el estudio de los apócrifos marianos, el P. Tom Thomson SM, historia de la mariología, el P. Luigi Gambero SM, que me introdujo en la patrística, siguiendo la huella del extraordinario ya fallecido P. Émile Neubert SM, que sorprendió a todos los teólogos de su tiempo publicando en 1908 su increíble *María en la Iglesia antenicensa*, la primera tesis doctoral escrita sobre un tema patrístico, y que se lee hoy todavía con gusto, si no es por la mala calidad de la impresión, ya desgastada. Yo me dormía en las clases de Gambero, insertadas malévolamente a las tres de la tarde, y él era de voz cansina y aburrida. Pero como había que preparar el examen empecé a estudiar con todo cuidado su libro *María en el pensiero dei padri della Chiesa*. ¡Y me encontré con un tesoro! ¡Gracias, Luigi!

Conocí también en Dayton al teólogo francés René Laurentin, con el que tuve una interesante conversación sobre María almorzando a solas con él en el comedor de la Universidad.

Pero no volví a Valencia como pensaba para preparar mis catequesis marianas, sino que fui enviado a Polonia, lo que cambió mis planes. La gran dificultad del idioma, al que me dediqué con ardor, me puso en *dique seco* y me quedé en paro. Luego aprendería que para Chaminade los obstáculos de un torrente son ocasión para ganar en profundidad y altura a base de ir echando agua, hasta que el río desborda la represa y va allí donde tenía que ir. Pensé entonces en aprovechar el tiempo y escribir el doctorado. El P. Luigi Gambero, desde Dayton, estaba dispuesto a acompañarme y me ofreció estudiar los sermones marianos de Focio de Constantinopla, unos cuantos tomos en griego, ¡échale!



Fue entonces cuando me encontré con un profesor de teología polaco, el franciscano P. Celestyn Napiórkowski, que **me suplicó** que estudiara y presentara en Polonia al P. Chaminade. Siendo él joven estudiante de teología había caído en sus manos un libro no muy voluminoso del P. Neubert (¡de nuevo Neubert!), *La doctrine mariale du P. G.-Joseph Chaminade*, que le había impresionado mucho, pues las enseñanzas de San Maximiliano Kolbe, de su convento de Niepokalanów eran muy semejantes, ¡sólo que Chaminade se le adelantaba de un siglo! *¡Fíjese usted qué drama tenemos en Polonia, que nadie conoce al P. Chaminade!* Y se ofreció a ayudarme desde la Universidad Católica de Lublin, donde pude defender la tesis el mismo año de la beatificación del P. Chaminade. He de reconocer que yo no busqué al P. Chaminade, sino que él vino a mí por petición de la Iglesia. Era el voto de estabilidad, que me llevaba por donde yo no imaginaba. El P. Napiórkowski quería que escribiera el trabajo en la cátedra de dogmática, y no en la de espiritualidad, y eso me ayudó a estudiar de nuevo la cristología a fondo y sobre todo a situar las enseñanzas de Chaminade en el Credo. Chaminade más que un espiritual es un confesor dogmático. La fórmula de la consagración a María de los Congregantes no tiene nada de devocional: es una detallada confesión de dogmas marianos. María es el sujeto que confiesa el credo, desde el “Creo” hasta el “Amén”. Más adelante daría yo en Polonia una semana de retiros a sacerdotes tanto a religiosos como luego también a diocesanos de Varsovia sobre “María en el Credo” con profusión de imágenes y esquemas en Power-Point. Las catequesis que no di a los jóvenes del colegio las daría a sesudos sacerdotes. Como siempre, las catequesis de niños bien hechas son las que más satisfacen a los adultos. También las monjas polacas de diversas congregaciones comentaban entre ellas, para nuestra sorpresa que los marianistas habíamos venido a Polonia *para hacernos amar a María*.

El Servicio de Publicaciones Marianistas publicó la tesis en español (yo la había presentado en polaco, lengua en que también la publicó la Universidad de Lublin por la insistencia de Napiórkowski). Por otra parte, los marianistas de Costa de Marfil, con el P. Léo Powels SM, tradujeron y publicaron la tesis en francés. Yo no he acabado de sorprenderme. Siento que el valor principal de mi tesis es el haberla defendido en la temida lengua polaca, que me sigue intimidando y desbordando. De su contenido mariano me parece que aún no me doy cuenta.

En Polonia publiqué tres libros breves sobre el rosario, oración que me disgustaba y sobre la que me puse a leer lo mejor que encontré. También este tema fue fruto de un artículo en el boletín de la Marian Library que despertó en mí una chispa intrigante. Dos de los libros los publiqué en polaco y en español, en polaco tuve una excelente crítica en la revista *Salvatoris Mater*. Eso fue antes de la Exhortación del Papa Juan Pablo II, que me confirmó el camino de oración que yo estaba tomando. Justamente lo más importante para mí era la recuperación y transformación de la oración del rosario, que poco a poco pasó a ser el sustento de mi *lectio divina* y la liberación de mis grandes dificultades en la meditación.

Otra cosa importante de mi camino mariano en Polonia fue la participación activa durante diez años en la peregrinación a pie de Varsovia a Czestochowa, nueve días de marcha por los campos del país. Estas me hicieron reflexionar sobre la importancia de las peregrinaciones de Jesús en los evangelios, así como en la comprensión de la vida espiritual. Me habían pedido que fuera caminando y dando charlas-catequesis por los 20 grupos de los 2000 peregrinos. Caminaba micrófono en mano, malrespirando y fatigándome, pero con ilusión. Explicaba las principales oraciones del cristiano, desde *En el nombre del Padre*, al *Padre nuestro*, el *Ave María* y otras cosas más, siempre básicas y contando numerosas anécdotas. Aunque también

hablé del camino *A Jesús por María* y de sus tres carriles: “la vía de la Encarnación”, “la vía de la intercesión” y “la vía de la configuración”, basándome en Chaminade. Al acabar esa demasiado sabia explicación, se me acercó un sacerdote, oblato de la Inmaculada. Me dijo que era profesor de espiritualidad en una facultad de teología y que estaba muy impactado. ¡Cosas de Chaminade! En un santuario de la Virgen se me acercó en cierta ocasión un joven sacerdote pidiendo confesión. Allí mismo, en un banco del jardín, le escuché y absolví. Con una sonrisa me dijo: “¡Seguro que usted es Salesiano! ¡Sólo los salesianos son tan misericordiosos!”. Yo pensé: porque no conoces a los marianistas, que me han perdonado tantas veces y con tanta paciencia, desde el P. Celestino Moraza al P. Manuel Barbadillo, tan importante en mi vocación, o el P. Luis María Lizarraga. Al final me daban de penitencia las tres Avemarías. Era la conclusión lógicamente mariana del que había comenzado confesando: “¡Ave María purísima!”

En esto, el entonces nuevo Superior General de los marianistas, el P. Manuel Cortés SM nos sorprendió con su primera circular, dedicada a María. Y luego, a la chita callando, añadió otras dos más. Es que ésta es la atmósfera que vivimos los marianistas, los cuales, según Pemán, *hacen de todo, menos ruido*, y eso no es ningún elogio.

Al llegar a Burdeos en 2023, debía aún aprender bastante más sobre María. Agradezco al P. Robert Witwicki SM, recientemente fallecido en mi comunidad de Burdeos, su impulso mariano y su preocupación por estudiar sobre María, en la *Société française d'études Mariales*, y por esforzarse en publicar sobre María. También agradezco al fallecido hace muy poco P. Patrick Giraud SM, buenísimo organista y compositor, que junto con nuestro hermano Hervé Guillo du Bodan SM me han iniciado en numerosos himnos y cantos marianos franceses, algunos difíciles, y que yo desconocía. En nuestra comunidad de Burdeos también está Frère José Bakassema SM, del Congo, que testimonia su amor por María dirigiendo cada sábado el rosario en nuestra Chapelle de la Madeleine.

Gracias al P. François Nanan SM, de Costa de Marfil, que me ha acercado a otro gran marianista, el P. Raymond Halter SM, en proceso de beatificación, autor de la introducción a los Escritos de Oración del P. Chaminade, con bastantes páginas dedicadas a María, y que en el santuario de Abdijan promovía con entusiasmo la consagración a María. El P. François lo hace también en Burdeos con inteligencia y fidelidad, y le estoy también agradecido.

Gracias al P. Jacques Stoltz, alsaciano de la Madeleine, que representa para mí a todos esos grandes religiosos del noreste de Francia que implantaron la Compañía de María en España, sobre todo D. Louis Cousin SM, fundador de mi colegio de San Sebastián, autor también de un *Catecismo mariano*, bella síntesis mariana hecha por un religioso marianista laico. Doy las gracias también por el P. Robert de Lussy, lleno de entusiasmo por María. Agradezco su muda fe al P. Charles Chastrusse, en el hospital, con un avanzado Alzheimer, que en otro tiempo cantó con su guitarra a la Virgen María y ahora, calladamente nos mira con sus grandes ojos.

El fin de este escrito no es hablar de mí mismo, sino mostrar cómo la Familia Marianista, tanto los religiosos como los seglares de las Fraternidades y de la Congregación, así como los fieles de la Madeleine, hemos recibido del Espíritu Santo, a través del P. Chaminade, un carisma maravilloso del Evangelio. Me gustaría en este año hablar en la Madeleine de *la Virgen María, que llena el Credo de vida y de amor*.

Nadie se quejará de que los franciscanos sigan su carisma de la pobreza, ni que los camilos se entreguen a los enfermos, ni que los paúles evangelicen a los pobres. Nosotros hemos recibido el carisma mariano sin merecerlo, como *don de Dios*, como dice el P. Chaminade. Continuemos haciéndolo fructificar, para bien de la Iglesia y del mundo, y nuestra salvación.

Quiero de nuevo volver a la primera cita de nuestra Regla de Vida, para mostrar cómo es verdadera y eficaz:

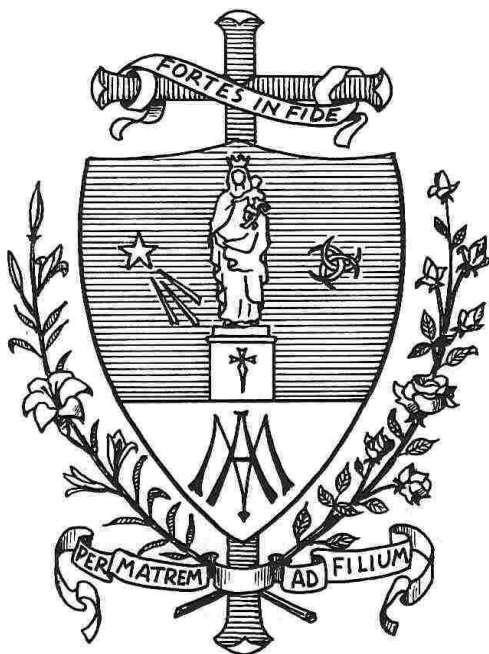
**1.5 Especialmente la estabilidad marianista lleva al religioso a asimilar la visión del P. Chaminade sobre el papel de María. Penetrado en el espíritu de su vocación, el marianista goza al honrar a María y al hablar de su misión.**

Ahora confieso que conozco a María mucho más y mejor, y que la quiero desde luego mucho más. Pero servirla..., ¡lamentablemente bastante poco y mal! Rezad por mí.

Me gustaría animar a muchos jóvenes a comenzar el camino marianista, extraordinario, lleno de amor a la Virgen María bajo la guía del Beato G. José Chaminade.

Termino con nuestra hermosa doxología, compuesta muy probablemente en la Chapelle de la Madeleine por Chaminade y sus Congregantes entre 1800 y 1817:

*El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo  
sean glorificados en todas partes  
por la Inmaculada Virgen María.*



Ah, se me olvidaba, Faustino me ha hecho comprender la divisa marianista:  
*Per Matrem ad Filium.*